



Paris, 27 de Abril de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

La "Cendrillon" de Massenet.



CENDRILLON! Un inocente cuento, una historieta, una cándida página arrancada á un libro, que fué como el libro de memorias de nuestra niñez, transformada en obra de arte merced al talento del más afable de los compositores. Plugo á la buena hada trocar los andrajos de la pobre Cenicienta en deslumbrador atavío tejido con rayos de luna, y de igual suerte la poderosa musa de Massenet trocó el infantil cuentecillo en obra maravillosa, llena de luz, de encanto y de poesía.

Quizás ninguno de los asuntos tratados por Massenet se adapta, como el de *Cendrillon*, á su temperamento y á su manera peculiar de sentir. Ya había dado el compositor una buena prueba de sus tendencias y de su tratamiento de lo maravilloso en *Esclarmonde*, que es una de sus obras maestras; pero ésta era, al fin y al cabo, una leyenda en la cual, el Amor—el gran excitante de la inspiración de Massenet—representaba el principal papel. Ciertamente es que en *Cendrillon* no queda ese relegado á segundo plan; pero también lo es que preponderan dos elementos bien definidos; el sobrenatural, todo fantasía y todo ensueño, y el bufo, correspondiendo á una graciosa caricatura de los maestros franceses de otro tiempo. En ambos, Massenet tiene un innegable dominio y de ahí que su obra pueda considerarse como una de las más deliciosas entre las muchas brotadas de su fecunda pluma. Si á esto se añaden los múltiples efectos producidos por una orquestación colorida con los más finos y suaves matices, timbrada con extraordinario gusto y trabajada con una sencillez que no puede disimular la experiencia y saber del compositor, é interpretada por una orquesta divina como es la de la Opera Cómica, y, á mayor abundamiento, dirigida por un discreto y práctico artista como Luigini, se tendrá idea del resultado obtenido, aún sin tenerse en cuenta lo que es en este teatro la des-

lumbradora *mise en scène*, que merecería particular descripción.

Aunque el asunto de *Cendrillon* es bien conocido, vamos á condensarlo en unas cuantas palabras.

Pandolfo ha quedado viudo con una niña llamada Lucette, y se ha dejado seducir por los encantos de Madame de la Haltière á quien toma por esposa. El infeliz recibe cruel castigo de su proceder, pues la buena señora penetra al hogar con sus dos hijas, Noemi y Dorotea, y entre las tres siembran allí el terror y la zizaña. La víctima directa es la pobre Lucette, á quien bautizan con el sobrenombre de Cenicienta, y que no es en realidad más que la servidora de aquellas.

Cuando la acción comienza, todo es alegría en la casa de las Haltière: asistirán á un baile invitadas á Palacio por el Rey. Sola y abandonada, Cenicienta queda al cuidado del fogón; pero su madrina, la buena Hada, que es su protectora, preséntasele de improviso, y la dice: «No duermas, Cenicienta; irás al baile y serás la más bella y admirada entre todas. Empero, cuando escuches la última campanada de la media noche, harás un esfuerzo supremo y te alejarás de la fiesta para regresar á la casa de tus padres. Toma este talismán, esta zapatilla de cristal y no olvides mis recomendaciones.»

Cenicienta aparece, efectivamente, en la Corte y, por su gracia y belleza, conquista á todos, con

gran descontento de las Haltière, pues el Príncipe se consagra absolutamente á aquella encantadora desconocida. Desgraciadamente vibran las últimas campanadas de la media noche, y... ¡adiós ensueños de placer y felicidad...! Cenicienta desaparece, pero al apresurarse á cumplir las órdenes de su madrina, extravía su zapatilla de cristal.

De regreso en el hogar de su padre, se lamenta dolorosamente. ¿Qué dirá su madrina? ¿Cómo sustraerse á su justo enojo? Entonces, desesperada, sabiendo que no puede soportar más las injusticias de los suyos, toma la resolución de huir, y es en medio de un camino adonde su buen padre la encuentra rendida de fatiga y soñando aún, á medio dormir, en los encantos de aquella noche pasada en el Palacio del Rey. Reanimada por las caricias de aquel padre tan bueno como débil, se abandona á su voluntad y regresa al hogar con él.

Por su parte, el Príncipe, más y más enamorado, intenta por todos los medios recobrar á su bella desconocida. El Rey hace venir de todos los puntos del Globo á las más soberbias princesas con el fin de encontrar el piecicillo que calzaba la diminuta zapatilla. Las Haltière también han sido convocadas; pero la hada que ha perdonado á Cenicienta, la obliga á presentarse en el Palacio. La verdad se descubre; el Príncipe reconoce á Cenicienta y le entrega su corazón...

Entre los últimos cánticos de la multitud, cuando ya se apagan los ecos de las altivas trompetas, Pandolfo se adelanta al frente del público, y, á guisa de *recitado*, dice:

*«La pièce est terminée. On a fait de son mieux
Pour vous faire envoler par les beaux pays bleus.»*

A vuela pluma vamos ahora á enumerar los números de la partitura que más nos impresionaron:

En el acto primero, la lamentación de Cendrillon:

*Reste au foyer, petit grillon
Car ce n'est pas pour toi que brille
Le superbe et joyeux rayon.*

Ingénua y melancólica melodía sostenida insistentemente por el obóe y que tiene cierto aire de familia con la fundamental de la «Canción del Saúz» del *Otello*, de Verdi.

En el acto segundo, que, entre paréntesis, ofrece un verdadero derroche de decorado é indumentaria, débese señalar otra melancólica y tierna inspiración, la frase del Príncipe: «Mais je vis triste et seul, le cœur brisé d'ennui,» blandamente sostenida por las violas y violoncellos; todo el *ballet* instrumentado con finísimo gusto, y en el que se deslizan dos números encantadores, y el *duettino* amoroso: «Vous êtes mon Prince Charmant,» dialogado con franca natura-

lidad y vaporosamente envuelto por las caricias de la orquesta.

El acto tercero contiene la perla de la partitura: el *dúo* entre Pandolfo y Cenicienta. ¡Cuánta sencillez y cuánto encanto fascinador! Hé ahí la manifestación más pura y más perfecta del talento, juvenil aún, de Massenet. ¡Cuántos de sus discípulos, hoy en voga, anhelarían poder haber firmado esa tiernísima página!

El segundo cuadro del mismo acto es un encanto para el oído y para la vista. Los mismos franceses, acostumbrados á las maravillas que les ofrecen sus teatros, están de acuerdo en confesar que la decoración es una de las más bellas y poéticas entre las que ha ofrecido la Opera Cómica. Un enmarañado bosque, primero umbroso y luego infiltrado castamente por los rayos de la luna, y en medio del escenario, gigantesco y altivo, un secular encino, del cual surge la buena Hada con su cortejo, y cuyas ramas se inclinan por mecanismo especial, para cobijar á los dos infantiles enamorados. . . .

Esto para deleite de la vista, que en cuanto al de los oídos, no cabe descripción alguna. Hay que escuchar aquellas voces lejanas, aquellos coros invisibles que parecen flotar en los aires, aquellos luminosos arabescos de la buena Hada, y la *reprise* del exquisito dúo de amor desarrollado nuevamente entre aquella atmósfera maravillosa de luz, color y poesía, para darse cuenta

del efecto alcanzado. Al concluir aquel acto se anhelaría que el teatro permaneciese aún en la obscuridad para quedar uno á su vez sumergido en aquel ensueño maravilloso. . . .

El acto cuarto es el más corto y el más débil también, á nuestro juicio. Hay, sin embargo, en el primer cuadro, un pequeño coro interno que tiene todo el ambiente primaveral, y una bella melodía de Cenicienta: «Les prés semblent brodés de fleurs.» El segundo cuadro no ofrece nada de particularmente resaltante, si no es la última *reprise* de la amorosa melodía; el resto es, ante todo, decorativo y de conjunto.

Digamos cuatro palabras de la interpretación.

Es de fama que en la Opera Cómica se escuchan excelentes interpretaciones, y no serémos nosotros los que lo neguemos; pero, si hemos de ser francos, el único artista que nos cautivó, entre quienes desempeñaron la *Cendrillon*, fué Fugère, un soberbio intérprete y cantante de la mejor escuela. Y parece que el público opinó como nosotros, porque fueron para él los mejores y más entusiastas aplausos. La Telma (Cenicienta), tiene una voz fresca y dulce, aunque un poco nasal; canta bien, á no dudarle, siente y comunica; pero es más bien jóven artista para lo porvenir. Ya es mucho lo que hace, en suma, pero es más lo que promete.

La Courtenay (el Hada), tiene buena extensión de voz, vocaliza fácilmente y ataca con lim-

pieza las notas agudas; desgraciadamente desafina algo, y este defecto altera de cierto modo sus méritos.

Los artistas restantes bien y suficientes en sus respectivos papeles.

El cuerpo de baile delicioso, elegante y ricamente presentado.

En cuanto á la orquesta, ya quedan arriba apuntadas nuestras impresiones; empero, algo más extensamente nos ocuparémos de ella en nuestro próximo artículo consagrado á un gran Concierto que acaba de verificarse en la Opera Cómica, en el cual tuvimos la satisfacción de ver dirigir al ilustre Saint-Saëns el segundo acto de su *Proserpina*.

Junio 12 de 1900.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



Paris, 10 de Mayo de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

Gran Concierto en la Opera Cómica.

HACE algunos días verificóse en el teatro de la Opera Cómica un gran concierto á beneficio de la orquesta, coros y empleados, concierto que tuvo un interés excepcional, tanto por el número y categoría de los ejecutantes, cuanto por la importancia de las piezas elegidas, cuya ejecución se llevó á efecto bajo la propia dirección de sus respectivos autores. Las más notables figuras de la pléyade juvenil del grémio musical francés exhibieron sucesivamente sus trabajos, y al frente de ellos

el respetado Saint-Saëns, el ilustre maestro, admirado por doquiera, y aquí mucho más, abordó á su vez, esa tribuna del compositor que se llama *pupitre* del director de orquesta, é hizo saborear al público los encantos del acto segundo de su *Proserpine*.

Trancrigo íntegramente el programa, y á continuación anotaré mis impresiones:

- 1.—*Léonore*. (Obertura)..... BEETHOVEN.
Orquesta bajo la dirección de A. Messager.
- 2.—Acto segundo de *Louise*..... CHARPENTIER.
Dirección del autor.
- 3.—*Beaucoup de bruit pour rien*..... PUGET.
Introducción, orquesta bajo la dirección del autor.
- 4.—Acto tercero de la *Bohemia*..... PUCCINI.
Dirección Luigini, por ausencia justificada del compositor, cuya presencia era uno de los atractivos del programa.
- 5.—*Le juif polonais*..... ERLANGER.
Entreacto del acto tercero, bajo la dirección del autor.
- 6.—*Proserpine*..... SAINT-SAËNS.
Acto segundo, bajo la dirección de Saint-Saëns.
- 7.—*Fervaal*..... V. D'INDY.
Preludio dirigido por el compositor.
- 8.—*L'attaque du moulin*..... BRUNEAU.
Acto primero, dirigido por el compositor.
- 9.—*Cendrillon*..... MASSENET.
Ballet del segundo acto, dirigido por Luigini.

Tal fué el programa; ahora, he aquí, á vuela pluma, cuáles fueron mis impresiones:

La soberbia, admirable y siempre grandiosa obertura de Beethoven fué interpretada por la orquesta de la Opera Cómica—que es de lo mejor que existe hoy en Francia—de una manera no solamente irreprochable, sino extraordinaria. ¡Qué limpieza, qué claridad, qué vigor rítmico y cuánta sobriedad en el sentimiento y en la interpretación! Así es como se impone Beethoven, el grave, el austero, el maestro siempre sublime, colosal, sereno en su grandeza, alto entre los más altos, cumbre que empequeñece á cuanto le rodea y luz que deslumbra á quien se atreve á mirarle frente á frente! Con una sencillez de medios que no conocen los modernos, obteniendo efectos de sonoridad con recursos elementales, asociando y fundiendo timbres con un acierto que pasma, dando á la idea la forma más pura y más concisa, sintiendo las pasiones, en fin, con una intensidad que sólo Wagner ha igualado, aquel inmenso solitario penetra al alma, la sacude, la estruja y casi la arranca de la humanidad para posarla sobre su augusta frente como el florón más rico de su corona de triunfos y conquistas. No me atreveré á decir que antes no conocía á Beethoven; pero sí que la ejecución de la *Léonore* fué para mí una revelación. Más tarde será explícito sobre el particular, honrando los esfuerzos de nuestra orquesta mexicana, ponde-

rando sus méritos no explotados y acentuando sus defectos tímidamente reconocidos.

La *Louise*, de Charpentier, es obra de factura realista que transpasa los límites aceptados; necesito escucharla aún para formarme juicio exacto de ella; pero no cabe duda que está escrita con gran talento, con violencia quizás, y con sentimiento en forma nueva y rebuscada y con una habilidad técnica que se sobrepone á la facilidad de inspiración. Charpentier es un joven—el único acaso verdaderamente joven entre los que aquí exhiben tal título á los cincuenta años—es independiente en sus concepciones, original en sus tendencias desde sus primeras obras, siempre animadas por idéntico espíritu realista, y es, además, un buen discípulo de Massenet, no poco emancipado de la tutela del maestro. Su figura es notablemente simpática: una gran frente ornada por rubia y abundante cabellera; dos ojillos vivarachos y fosforescentes; una boca pequeña plegada por leve sonrisa irónica; barba corta y un poco afilada, y su porte general más bien dévil que vigoroso, y enfermizo más que sano. Dirige con precisión, con gusto y con amor.

Confieso que el prelude de la obra de Puget no fué de mi agrado; parecióme trivial, vulgar y brusco en la orquestación.

El acto tercero de la *Bohemia* fué soberbio en cuanto á la *mise en scène* y ejecución orquestal, calurosa, vibrante y emocional; no así en cuanto

á la vocal, que dejó muchísimo que desear. La artista encargada de la parte de *Mimi* (Señorita Guirandon), no es más que mediana, algo entrada en años é inferior á otras que hemos escuchado en México; el tenor muy aceptable, bien dotado de voz y de figura, y la *Musette* (Mlle. Tiphaine) fuera de papel y desafinada. Creo, francamente, que obró bien Puccini, no asistiendo á la representación.

El entreacto de *La Juif Polonais*, obra que acaba de montar la Opera Cómica, es agradable aunque un poco vago, tanto en ideas como en orquestación. Su autor, Erlanger, dirigiólo con suma timidez y casi diré que con inexperiencia. Erlanger es otro joven, discípulo de Leo Délibes, que promete, á no dudar, y que, entre otros méritos, tiene el de ser dulce, afable y modesto hasta la exageración.

El *clou* del Concierto fué—á mi juicio, y según la complacencia que experimenté—la ejecución del acto segundo de *Proserpine*, dirigido por Saint-Saëns. A la justa alegría de conocer al maestro en condiciones excepcionales, porque Saint-Saëns jamás se exhibe, hube de añadir la que me proporcionó la audición de ese acto de su obra, que mucho conocía á la lectura, y que me interesaba grandemente. Creo supérfluo añadir que la vaguedad de tal conocimiento desapareció de tal suerte y que hube de sentir las bellezas apenas vislumbradas. El acto completo

es una joya; pero un pequeño y dulcísimo dúo amoroso y el concertante final son los números de resistencia. Excelentes me parecieron los intérpretes principales: Mlle. Mastio, Ed. Clément, Isnardon y Vieulle; los coros admirables—principalmente el de mujeres—y la orquesta fuera de toda ponderación.

Saint-Saëns fué objeto de una gran ovación; al presentarse escuchábanse por doquiera las exclamaciones: *Voilà, voilà le Maître!* Y al terminar el acto los aplausos se prolongaron hasta que el compositor acudió dos ó tres veces al *pupitre*. El maestro dirige con gran aplomo, con reposo, con serenidad rítmica y de una manera marcadamente angulosa; sus movimientos son marcados, su mirada es imponente y su autoridad sobre la orquesta indiscutible. A juzgar por su actitud podría tachársele de frío, pero no hay tal: cuando debe imponer su sentimiento, la orquesta adivina su menor gesto, su más leve indicación, y el compositor obtiene el objeto deseado sin recurrir á afectaciones y farsas impropias de su carácter. En todo se revela el gran maestro que no desconoce su valor y que no va en pos de ficicias conquistas; el que ha triunfado por el poder de su inmenso talento, y que por él es querido y respetado en todo el mundo musical. No puede decirse que Saint-Saëns está decrépito, pero no cabe duda de que los años han marcado huellas en su fisonomía: atestigüalo su pelo y

barba muy canosos y las profundas arrugas que surcan su frente.

Espero poder hablar muy largamente acerca de él, porque cuento con visitarle en breve, si es que puedo darle alcance en la vida errante que lleva. Para que tengan idea de ella mis lectores, les diré que en la casa A. Durand Fils, editores de Saint-Saëns, tuvieron la complacencia de mostrarme la lista de localidades y países habitados por el compositor en los últimos cuatro años: creo que se pasmarían, como yo, sabiendo que pasan aquellos de *doscientos!!*

Ultimamente acaba de partir para Bruselas, después regresará á Saint-Germain, adonde tengo esperanzas de verlo, pues por buen conducto me ha informado que me recibirá con gusto.

Si, pues, tal visita se realiza, mi próximo artículo estará consagrado á ella y á la que tuve la fortuna de hacer á Massenet.

Poco espacio me queda para consagrar algunas palabras al acto de *Bruneau*, notabilísimo por cierto, y al prelude de *Fervaal* de D'Indy.

Ambos autores son también de la pléyade joven: Bruneau ha escrito un acto verdaderamente delicioso é inspirado, un poético idilio surcado por dramático episodio interpretado á las mil maravillas, superiormente, por una gran artista, la Delna, que es uno de los orgullos del teatro de la Opera Cómica. Bruneau esgrime en el *Figaro* la pluma de crítico y deja leer entre líneas su ani-

mosidad hacia Massenet, que fué su maestro. Confieso que su proceder había provocado en mí cierta antipatía por el individuo; pero ahora debo confesar también que reconozco sus grandes méritos como compositor y compositor dramático de alto vuelo. El primer acto de *L'Attaque du Moulin* revela un temperamento, acusa á un explorador y pone de manifiesto una inspiración distinguida, exenta de vulgaridad, enérgica, viril y, por momentos, poética y colorida. Bruneau dirige con ardor, casi con escarnizamiento: es un nervioso de la batuta que casi confina con el epiléptico. De baja estatura, bastante encorvado, de rostro muy análogo al de su colaborador Emilio Zola, se agazapa en el sillón de director, se inclina sobre la partitura—porque á pesar de los lentes, ve mal—se agita inquieto, se levanta en ocasiones, y de todas maneras imprime cierto sello á su interpretación y arrastra en pos suya aquella orquesta siempre flexible, dócil y obediente.

D'Indy es reputado como jefe de la joven escuela; su prelude de la ópera *Fervaal* está primorosamente escrito y mejor instrumentado; pero el autor sigue tan de cerca las huellas de Wagner que corre gran riesgo de alterar su propio sentimiento y perjudicarlo.

Tales son mis impresiones de la inolvidable *matinée* á que he venido refiriéndome.

¿Y la Música en la Esposición? me preguntarán los lectores de la *Gaceta*. Y bien, la respuesta es sencilla: como la Exposición aún no está terminada, no se han verificado (salvo en el «Viejo París») audiciones de ningún género. Los conciertos ofrecidos *diariamente*, en el teatro del París reconstruido, por la Orquesta Colonne, merecen artículo especial que quizás les consagraré más tarde. Por el momento, es tiempo de poner punto final á esta larga correspondencia.

Junio 15 de 1900.

